

REVISTA TEOLOGICA



PUBLICACION
DEL

MAR 11 1991

-SEMINARIO
CONCORDIA-

NUMERO 136

-1989-

CONTENIDO

	<u>Página</u>
* EDITORIAL	1
* El Pastor y la Comisión Directiva	3
* Psicología y Tarea Pastoral	6
* Santificación y Cura de Almas	16
* Espíritu Santo y Escatología	21
* Noticias	26
* Bosquejo para Sermones	35

Año 34 - N° 136 - 6/1989.

⇒⇒ PSICOLOGIA Y TAREA

PASTORAL ⇒⇒

LIC. JUAN CARLOS MANSILLA

Que la gracia del Señor esté sobre todos nosotros. Espero que lo que pueda compartir esta mañana con ustedes les sea útil en sus ministerios pastorales y orientadores.

El tema que se me ha propuesto desarrollar podría titularse: "Requisitos para el trabajo interdisciplinario entre Pastores, Psicólogos y Pedagogos". Pero como entiendo que la mayoría de los aquí presentes son pastores que se desempeñan en escuelas, y como mi rol profesional es el de psicólogo, voy a poner mayor atención en esta presentación a la interrelación entre la tarea psicológica y pastoral, sin dejar de mencionar por esto la tarea pedagógica, que de alguna manera está intrínsecamente comprendida en las dos disciplinas anteriores.

Notarán que en mi exposición, al referirme a la labor del psicólogo voy a salirme de los límites de la psicología educacional que se desarrolla en las escuelas, refiriéndome a la psicología clínica, y también más ampliamente a la psicología general. Esto es así porque la tarea pastoral encuentra mayor dificultad para entenderse con la práctica clínica de la psicología que con la educación.

Existe un concepto bastante extendido de que la psicología y la religión están en entredicho. Nadie que esté en el tema puede dejar de ver que hay ciertas razones de peso para que esto sea percibido así. Más aún, podría decirse que todas las llamadas ciencias humanas como la sociología, antropología y filosofía tienen hoy los lazos rotos con la religión cristiana, según opinión de muchos. Y digo opinión de

muchos porque hay otro sector numéricamente menos importante, por lo menos para nuestras universidades, de opinión que estas ciencias y el cristianismo son compatibles y pueden integrarse en la práctica.

Cuando hablamos de psicología o sociología en singular, entendemos tácitamente que estamos hablando de psicologías o sociologías etc.; es decir, estas ciencias tienen la característica de estar constituidas por una gran variedad de concepciones y teorías acerca de su objeto, teorías que agrupadas no son siempre complementarias sino también excluyentes. Por esto es que a veces se entiende que la psicología y el cristianismo no se llevan bien. Si esto es así es porque se está tomando a la psicología partiendo desde un sector específico de la misma, y que tomado aisladamente quizás sea opuesto a una visión cristiana de la vida.

Con esto quiero decir que no me parece saludable hablar de psicología versus cristianismo, como si se tratase de enemigos, sin antes especificar la línea teórica que estamos tomando dentro de esta ciencia. También es necesario, cuando nos estamos refiriendo a una línea teórica, saber cuál es la lectura que estamos haciendo de la misma. Aclaro esto porque hay quienes sostienen por ejemplo que el psicoanálisis es anticristiano, y de otros nos enteramos que opinan lo contrario; el quid de la cuestión no es buscar tanto quién tenga razón sino averiguar cuál es la lectura que estos sujetos tengan de lo que es el psicoanálisis y sus límites, o en su defecto, lo que sea el cristianismo.

Desde esta perspectiva, la psicología y el cristianismo pueden llegar no sólo a una buena convivencia en la interdisciplina psicología-pastoral, sino que cada una de estas áreas puede verse enriquecida por la otra y hasta puede tomarse prestados ciertos elementos sin correr el peligro de contaminarse.

Desde luego que hay quienes piensan lo contrario. Muchos psicólogos y pastores están en favor de una total separación entre la psicología y la labor pastoral, no sea que los dominios se invadan y todos se confundan. Pero dicha separación tajante no es tan fácil como parece.

Cuando un psicólogo mide el coeficiente intelectual (CI) de un sujeto, sabe con certeza que está haciendo psicología

y no otra cosa; y cuando un pastor predica a Jesucristo y habla del perdón de pecados, sabe que está haciendo tarea pastoral y no otra cosa. Pero ¿qué sucede cuando en la psicoterapia el paciente toma conciencia de su vacío existencial, y pide orientación? ¿No influye acaso la concepción religiosa o no religiosa que tenga el psicólogo en lo que haga con esa demanda? ¿Y qué sucede cuando el pastor se encuentra frente a un pedido de intervención en una crisis matrimonial severa? ¿No se lo está ubicando de alguna manera como de psicoterapeuta obligado?

Aquí ya podemos ver claramente cómo psicólogos y pastores se tocan en un ministerio: el de la reconciliación. Uno pone énfasis en la reconciliación del hombre consigo mismo y con los demás; el otro pone el énfasis en la relación con Dios. Pero poner énfasis no significa ignorar lo que no se enfatizó.

El Dr. Köberle, profesor de teología en Tubinga, dice: "Un pastor con un conocimiento práctico de la psicología estará en mejores condiciones de apreciar y atender tanto la desesperación de los viejos como el derecho a la vida de los jóvenes, en comparación con otro que nada sepa de las ocultas relaciones y leyes que se esconden tras esos fenómenos". Por supuesto que no se trata de que el pastor se convierta en psicólogo amateur, sino que recurra a la psicología como ciencia auxiliar que le permita conocer mejor a quienes pastorea, así como recurre a la hermenéutica para una mejor comprensión del sentido del texto bíblico. Por su parte, el psicólogo que trabaja conjuntamente con el pastor debe poseer cierto conocimiento de la revelación bíblica para que su tarea profesional pueda tener un sólido respaldo en la cosmovisión cristiana de la vida. A propósito de esto último es bueno tener presente las palabras del psiquiatra Viktor Frankl: "Por más ciencia y técnica que puedan incorporarse en la psicoterapia, de alguna manera en último término se funda menos en la técnica que en el arte, y menos en la ciencia que en la sabiduría". Siguiendo con la idea anterior, no se trata tampoco de que el psicólogo sea un pastor amateur sino que reconozca todo lo que la cosmovisión cristiana puede aportar al concepto de salud mental. Cito a este respecto nuevamente al Dr. Köberle: "Algunos psicoterapeutas en su encuentro con lo sagrado han adquirido una comprensión más profunda de los trasfondos y conexiones de la dolencia

somato-psíquica".

Puede ser que lo dicho anteriormente tenga, a pesar de todo, sabor a contaminación y confusión de roles. Lo que creo que sucede es que cuando el objeto de trabajo es el hombre tomado como ser psicológico, cultural y espiritual, los límites se presentan de por sí difusos. A esta situación se la debe asumir como tal, salvo que, a mi entender, optemos por una demarcación que en teoría podría ser clara pero en realidad irreal, y asumirla como tal implica forzosamente una yuxtaposición sólo en los límites. Citemos nuevamente a Köberle: "El teólogo debería someterse a este principio: conocer lo más que pueda de psicología y emplearla lo más posible. En consecuencia sería de desear que el teólogo de nuestros días abandonara su aversión contra la psicoterapia y por lo menos estuviera en condiciones de aprovechar en amplias proporciones los servicios auxiliares que esta nueva rama del saber ofrece". Sobre este particular de la utilidad de las ciencias humanas para el trabajo pastoral escribió el teólogo católico Häring: "Una importancia particular tiene sin duda la sociología empírica de la familia y la psiciología social. Ellas indican a la teología moral el influjo que ejercen las estructuras sociales y particularmente la opinión pública en la conducta religiosa y moral del individuo y las sociedades".

Pasemos ahora a tratar el tema específico que nos convoca. Para que un trabajo interdisciplinario sea productivo y real, es necesario que los integrantes del grupo o equipo compartan ciertas coincidencias que considero obvias y básicas. Un intento de clasificación de dichas coincidencias puede ser:

- a) La concepción filosófica del hombre.
- b) El fin que se persigue con la tarea.
- c) La ética que se desprende de los medios a emplear.

LA CONCEPCION DEL HOMBRE.

El pensador católico J. Maritain dice respecto a la tarea educativa algo vinculado estrechamente con nuestro tema: "La idea puramente científica del hombre puede proporcionarnos valiosísimas y siempre renovadas informaciones sobre los medios y los instrumentos de la educación, mas nunca nos podrá dar ni los primeros fundamentos ni las direcciones primordiales de la e ucación, porque ésta debe primero y fundamentalmente conocer lo que es el hombre, cuál es la naturale

za del hombre y la escala de valores que esencialmente implica".

Quizás no nos resultaría difícil a nosotros, personas que compartan la fe cristiana y la cosmovisión que ella inspira, ponernos de acuerdo sobre ciertas definiciones acerca de lo humano tomado ontológicamente. No es mi propósito desviar el tema hacia la antropología filosófica, aunque evidentemente necesitamos nombrar ciertos conceptos básicos que surgen de ella, pues toda antropología psicológica me remite siempre a la antropología filosófica, y ésta a la teológica cuando media la fe. Y ese es nuestro caso. Pero no creo que sea suficiente para el pastor conocer al hombre sólo teológicamente, o sea saber de su condición humana sólo desde la perspectiva bíblica, esto es verlo como pecador, destinatario de la gracia de Dios, etc. Estos conocimientos serían suficientes para el teólogo que se dedica por ejemplo a la teología sistemática, pero no bastan cuando la tarea es de orden pastoral, cuerpo a cuerpo con el otro. Aquí sí la psicología puede venir en auxilio del pastor para aportarle conocimientos sobre un problema fundamental: La relación salud-enfermedad, normalidad-anormalidad. Útil le es al pastor que trabaja en una escuela conocer elementos básicos sobre psicología evolutiva; entender algo, por ejemplo, de lo que la crisis de la adolescencia significa para el joven y su familia, y comprender su problema de la sexualidad en su forma genital, de la aparición de sus intereses religiosos e ideológicos, etc. También la psicología puede darle información del hombre neurótico con el que seguramente se enfrenta todos los días, ya sea en su iglesia, en el colegio o en la calle. Mucho ganaría el pastor en claridad y comprensión si recordara frente a ciertos problemas de conducta lo dicho por G. Hegel: "La enfermedad psíquica consiste en que el sujeto se halla demasiado imbuido por la sensación de no poder realizar lo que para él debería ser lo máximo". Para esta problemática tan común con la que se enfrenta el pastor que tiene contacto con el hombre de la calle, le sería beneficioso tener no sólo elaborado el concepto de comportamiento patológico y comportamiento moral para poder distinguirlos, sino también tener clara una estrategia pastoral para el enfermo mental. Cito nuevamente a Köberle: "El hombre del presente, acosado por crisis de toda índole, nada rechaza más en un teólogo como un grosero simplismo. Por consiguiente, en

la iglesia necesitamos no sólo de una antropología teológica sino también un amplio conocimiento de todas las relaciones, leyes y procesos psíquicos".

A esta altura sería bueno mencionar que la resistencia a la psicología tampoco se debe siempre a razones que como decía al comienzo son razonables. La resistencia puede deberse también a todos los aspectos que la temática psicológica puede movilizar en la vida anímica del pastor, haciendo que queden expuestas, aunque sólo sea frente a él, sus debilidades, inseguridades, temores, etc. No porque seamos pastores o psicólogos estamos libres de cierta dosis de neurosis. Nuestra vida anímica, al igual que nuestro cuerpo, todavía no ha sido glorificada. Mientras esperamos ese día no neguemos lo que somos.

Por su parte, el psicólogo que participa de un trabajo en conjunto con el pastor debe compartir, como dijimos, la concepción cristiana del hombre. Que el psicólogo reconozca en su terapéutica la acción soberana de Dios, trae entre otras consecuencias una mayor valoración de la tarea pastoral, y un mejor compromiso con el trabajo en conjunto. Además el psicólogo puede ayudar al establecimiento de una sana vivencia religiosa, pues por supuesto que la religiosidad también puede ser vivida de una manera patológica por ciertos sujetos. Aclaro que aquí estoy tomando la expresión "religión" en el sentido de "vehículo cultural" según P. Ricoeur y no como el "esfuerzo del hombre para llegar a Dios" según la definición de K. Barth. Dice H. Küng: "Los escritos de Freud de crítica a la religión son un alegato incomparable a favor de la honestidad en el trato con la religión". Ellos pueden ayudarnos a "purificar la fe de los creyentes", esto último es cita de P. Ricoeur.

Es posible que haya psicólogos o psiquiatras que no reconozcan la idea filosófica del hombre que tienen las teorías psicológicas en las que militan. Por ello creo útil que en la interdisciplina el grupo se plantee preguntas para descubrir si existen las condiciones necesarias sobre dicho tema. Preguntas acerca de la trascendencia del hombre, de si es posible el hombre nuevo, sobre el pecado y la santidad, etc. ayudarán a aclarar las coincidencias existentes o no.

COINCIDENCIA EN LOS FINES.

Pastores y psicólogos comparten el mismo fin: la salud. Pero ambos conceptualizan este término de manera distinta. El pastor ve la salud como salvación, y el psicólogo como equilibrio mental. Los pedagogos aportan a esto, y muchos ven la finalidad de la educación en la realización de las potencialidades humanas. Al decir de Píndaro: "Llegar a ser lo que somos". Las tres tienen en común la búsqueda de la integridad para el sujeto, la plenitud. Es como si el hombre estuviera desmembrado y dividido y hubiera que integrarlo, realizarlo y armonizarlo. De nuevo se nos aparece la idea de la reconciliación.

Por lo dicho surge una pregunta necesaria ¿Cuál es el hombre que buscamos?, ¿Cómo será el hombre reconciliado consigo mismo, con los otros y con el totalmente Otro?.

El intento de alcanzar las metas que nos señalan esas preguntas, es el intento de nuestras tres disciplinas. Sólo el intento.

El psicólogo y pastor cubano Jorge León plantea en alguna medida este problema de los fines en su librito: ¿Es posible el Hombre Nuevo?. El nos advierte que el hombre salvo es aquel que incluye en su salvación sus aspectos socio-políticos, morales, de equilibrio personal, afectos, necesidades económicas, etc. La salud entendida como integridad es en lo que debería coincidir el equipo interdisciplinario. Montaigne en sus ensayos decía: "Lo que hay que educar no es un alma ni un cuerpo sino un hombre". Por supuesto que la idea de los fines nace de la concepción antropológica de la que hablamos anteriormente.

Muchos piensan que esto de "para qué vivimos" no es una pregunta que compete al psicólogo sino al pastor, pues el pastor está destinado a llevarnos a ser como Cristo, y el psicólogo a inquirir por qué el sujeto es lo que es hoy en virtud de lo que fue ayer. Sin embargo, de nuevo esta puesta de límites no es tan fácil. En el hombre no sólo existe la angustia que es ese temor sin objeto, que se funda en la historia pasada; sino también la ansiedad, ese temor también sin objeto que lo provoque, que se funda en las posibilidades futuras. El hombre no sólo sufre de angustia existencial sino también de ansiedad existencial.

Viktor Frankl y su escuela es uno de los esfuerzos más

serios por dar respuesta a esta pregunta por el sentido de la vida. Como se ve, el problema del "deber ser" no es un problema solamente planteado en la iglesia, sino también en la consulta; y es un problema que trae en sí otros problemas más, como la cuestión ética del manejo de la libertad.

El modelo del "Hombre del Reino de Dios" es el fin último que nos presenta la cosmovisión cristiana. Jorge León nos recuerda que "el hombre nuevo no es un logro humano, no es la modernización de las personas por medio de la psicología, la sociología, el esfuerzo personal o cualquier otro medio. El hombre nuevo se logra solamente por la acción divina y la colaboración humana". En lo dicho se evidencian dos puntos importantes: 1) Que el fin último es fruto de la acción divina, y 2) que el hombre es colaborador de Dios para ese fin.

El pastor que entiende que el psicólogo también es un colaborador en la tarea salvífica, valorará más lo que pueda venir de esta ciencia. Los fines de la tarea del psicólogo son entonces parte de los fines penúltimos de la tarea pastoral. Así aparece de nuevo la idea de los límites. Cito al respecto a H. Küng: "El psicoanálisis puede quitar sentimientos neuróticos de culpabilidad, pero no de la culpa real. Puede curar enfermedades psicosomáticas, pero no responder preguntas últimas sobre el sentido o sinsentido de la vida y la muerte. Su meta es hacer consciente (lo inconsciente), no perdonar; curar, no salvar".

LA ETICA QUE SE DESPRENDE DE LOS MEDIOS.

Toda práctica de trabajo con personas lleva implícita y tiene consecuencias éticas, valoraciones morales. Sería ingenuo pensar que el psicólogo puede dejar de influir éticamente en sus pacientes, que puede prescindir de una ética en su trabajo terapéutico. Aunque lo quisiera, no podría. Cuando hablo aquí de ética, no me refiero al trato del terapeuta con el paciente, el manejo de la información que nos da, o sea todo lo deontológico; más bien me refiero a la concepción ética propia del terapeuta, a sus valoraciones morales sobre las cosas de la vida.

Toda terapia, desde la aparentemente menos intervencionista hasta la más conductista, implica en mayor o menor grado, y de alguna u otra forma, una transferencia de valores del terapeuta al paciente. Ya Freud había visto ciertos aspectos sobre

este problema; él nos decía que: "...de las aplicaciones de la ciencia se derivan ciertamente reglas y consejos para la conducta en la vida, en ocasiones las mismas prescritas por la religión, pero con distinto fundamento".

Erich Fromm, de la escuela culturalista del psicoanálisis, desarrolló este tema ya esbozado por Freud. E. Fromm decía: "El Psicoanálisis, en su intento de establecer a la Psicología como una ciencia natural, incurrió en el error de divorciar a la Psicología de los problemas de la Filosofía y de la Ética; ignoró el hecho de que la personalidad humana no puede ser comprendida a menos que consideremos al hombre en su totalidad, lo cual incluye su necesidad por hallar una respuesta al problema del significado de su existencia y descubrir normas con las cuales vivir". También decía: "un síntoma neurótico es en muchos casos la expresión específica de un conflicto moral; y el éxito del esfuerzo terapéutico depende de la comprensión y de la solución del problema de la persona". Por último, también dice sobre nuestro tema: "Mi experiencia como psicoanalista profesional confirmó mi convicción de que los problemas de Ética no pueden omitirse en el estudio de la personalidad, ya sea en forma teórica o terapéutica. Los juicios de valores que elaboremos determinan nuestras acciones y sobre su validez descansa nuestra salud mental y nuestra felicidad".

Con estas citas simplemente pretendí reafirmar el concepto anterior, el de que de la práctica psicológica se desprende de una ética, lo mismo, evidentemente, que de la pastoral.

Por esto, los psicólogos y pastores deberían ponerse de acuerdo en alguna medida sobre las valoraciones morales que tienen sobre los comportamientos humanos, y coincidir en el concepto de pecado y sobre lo que se aplica. Esto sobre todo para que el sujeto que está siendo atendido por el equipo no entre en confusión aún mayor a causa de las distintas opiniones sobre su conducta. Con lo anterior no quiero decir que el psicólogo debe hacer de juez frente al paciente cuando éste le comente sobre su vida íntima; de ser así, seguramente no lo encontrará allí en la próxima sesión. De lo que se trata es que el psicólogo recomiende al paciente el encuentro con el pastor, cuando vea la necesidad de tratar ciertos problemas éticos a través de directivas morales. Por su parte, el terapeuta seguirá su trabajo con el pacien-

te, pero luego de haber encauzado la transferencia de valores, en su parte importante, a través de la recomendación a que hice alusión. El pastor por su parte debiera buscar auxilio en el psicólogo para comprender la relación entre ciertos síntomas neuróticos imposibles de dominar para el sujeto (por ejemplo ideas obsesivas en el plano sexual, compulsión a mentir, rechazo a ciertos tipos de personas en la iglesia, indisciplinas irracionales y frecuentes en el colegio, etc.) y su labor pastoral sobre cuestiones éticas. Particularmente opino que la definición como patológicas de ciertas conductas pecaminosas, no redime a esa conducta de ese estado, sólo Jesucristo redime; lo que creo es que estas definiciones de conductas patológicas ayudan a una más amorosa relación entre el sujeto y el pastor, permitiendo una tarea pastoral más eficiente y comprensiva.
